

PROMOCIÓN Y GESTIÓN CULTURAL: INTENCIÓN Y ACCIÓN

ALFONSO HERNÁNDEZ BARBA



Alfonso Hernández Barba es director de Extensión Cultural del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, A.C. (ITESO).

La distinción entre promotor cultural y gestor cultural no siempre es clara. Sin embargo, es posible afirmar que es mayor el conjunto de rasgos que los identifican que aquello que los distingue. Para este encuentro ambos han sido convocados, lo cual simbólicamente refuerza lo que los une. En esta reflexión acerca de las relaciones entre educación y cultura importa más analizar la tarea educativa de ambos, del promotor y del gestor. El punto de partida lo podemos situar en la afirmación de que ambos, con sus planteamientos, intenciones y acciones, participan o pueden participar en las deseables tareas educativo-culturales que como comunidad y como sociedad nos proponemos constantemente.

La educación es un proceso, como la cultura, de diálogo y transformación entre personas acerca de aquello que les es significativo. Lo que es significativo pasa sin lugar a dudas por el registro de un saber, a veces apenas insinuado, de la propia experiencia, y lo que se experimenta no siempre se sabe. Es común que vivamos como extranjeros de nuestros propios escenarios mentales, sin saber lo que se experimenta, como si estuviéramos adormecidos en un día caluroso y sediento. Otras veces, nos aferramos a la palmera por los vientos arrebatados de otro pueblo, ahora frágil y costero, donde nos apremia el saber de la experiencia. Es aquí donde cobra sentido la tarea educativa del promotor y del gestor cultural.

El aspecto educativo de los promotores y gestores culturales tiene una herencia distinta del viejo concepto de educación vertical, unidireccional y de lo aprendido por repetición. La educación, en el desempeño de los promotores culturales, se suma a esa otra tradición que sabe lo que puede modificar en nosotros la seducción de los sentidos, el asombro de lo impensable, el gozo de la fiesta, el gozo o la denuncia estética, la renovación simbólica del arte y el anuncio novedoso; que sabe por la tradición que el arte es contagioso y provocador, y que su manifestación no encuentra límites tan fácilmente; que el arte nos comunica intenciones, reflejos de nosotros mismos y posibilidades de vida. El promotor que sabe de su experiencia y clarifica sus intenciones educativas, apuesta por la apertura, por un diálogo que no termina (y esto es cultura). Educación y cultura abordan un diálogo siempre abierto. Lo más cercano a la educación sería la

apertura hacia la construcción y reconstrucción de nuevos significados que impactan los haceres y los saberes, las emociones y los sentimientos. Así las cosas, la educación no es tan sólo un discurso fijo, sino una acción, entendida ésta como discurso dialogante, como manifestación cultural, como testimonio.

El rasgo más hondo que permite reconocer a un promotor o a un gestor cultural en su dimensión educativa es que ambos diseñan y preparan situaciones para que sucedan acciones culturales, con apoyo en productos culturales ya existentes o construidos en el mismo acto cultural. Esto parece sencillo, y en un sentido lo es; también parece algo que naturalmente realizan numerosos actores sociales, y en buena medida así es. Lo que conviene resaltar es que dichas acciones culturales pueden ser más fecundas si el promotor o gestor cultural se asume como un agente educador, si se asume como un facilitador de encuentros culturales significativos. Dichas acciones culturales adoptan formatos y tiempos diversos; se apoyan en medios de comunicación presenciales o a distancia, simultáneos o separados en el tiempo (desde los contactos cara a cara hasta los contactos que permiten las nuevas tecnologías de la información). Pensar en estas prácticas es una tarea necesaria y enriquecedora. Pensar en estas tareas es pensar en educación. ¿Acaso no diseñan y preparan situaciones culturales los llamados educadores y buscan ir más allá de la mera transmisión de conocimientos?

Ya que hablamos de diseñar y llevar a cabo acciones culturales para intervenir educativa y culturalmente en comunidades y sociedades, conviene decir lo que se entiende por “acción cultural”. De acuerdo con Teixeira Coelho (2000), es el conjunto de procedimientos que involucra recursos humanos y materiales para poner en práctica los objetivos de una determinada política cultural, la cual no es otra cosa que la precaria congruencia entre la intención o el propósito y la acción que se organiza. Con este propósito es necesario considerar la recurrencia de agentes culturales previamente preparados para establecer puentes entre públicos determinados y una obra cultural o artística.

En este país está más posicionado socialmente el término promotor cultural, mientras en otros lugares no sucede lo mismo. Por ahora podríamos zanjar esta discusión reconociendo que es deseable que el gestor cultural se asuma primero como promotor cultural y luego le agregue a su pasión las valiosas características de la gestión cultural.

El gestor cultural, como el promotor, se interesa en el desarrollo humano de su comunidad y también es una persona que ha decidido desempeñarse y apoyarse en un marco institucional; ha aceptado trabajar desde una institución cultural particular que le permite hacer uso de recursos públicos o privados para intervenir activamente en el desarrollo cultural de la población que atiende su institución; finalmente, cuando logra articular su sello de promotor cultural con la intención y el apoyo institucional puede incidir durante un tiempo más largo en el desarrollo humano. Es aquí cuando el gestor cultural siente satisfechas sus propias necesidades y convicciones, porque ata su desarrollo personal al de la población que atiende formalmente.

Ambos, el promotor y el gestor cultural, pueden ser reconocidos, también, porque en sus acciones culturales deben afrontar la promoción (mejoría) de la tolerancia (en tanto aceptación), de acuerdo a un sentido extendido de lo que Fernando Salmerón afirma para el acto de tolerancia: “una persona realiza un acto de tolerancia cuando, en atención a razones y a pesar de tener competencia para hacerlo, no impide algún acto de otra, cuya ejecución lastima sus propias convicciones”.¹ Esta afirmación, y no pongamos el énfasis en el sentido de omisión, tiene un valor enorme para la promoción y la gestión cultural. Consideremos la larga historia de conflictos surgidos al llevar a cabo acciones culturales en museos, plazas públicas, salas de cine, talleres de formación artística y bibliotecas, entre otros.

Promotores y gestores culturales tenemos en común el permanente esfuerzo por tratar de establecer situaciones para promover la construcción y renovación de significados, así como la circulación de formas simbólicas generadas por creadores, investigadores, ejecutantes y en general los miembros de una comunidad. Definir condiciones, preparar escenarios, provocar momentos en los que converjan personas para actualizar y dinamizar la vida cultural, son enunciados que expresan lo que hacemos. ¿No es esto mismo lo que tratan de hacer los educadores? Seguramente. Entonces, ¿un educador es un promotor o un gestor cultural? y, ¿un promotor o un gestor cultural son educadores de la misma manera? Esto no es difícil de responder: un indicador clave es la apuesta de ambos por un proceso que ofrezca saldos previstos y no sólo el producto final.

En todo caso, sin pretender ahondar en las diferencias entre educación y cultura, y sí en las coincidencias entre ambas, podemos apuntar en favor de los promotores y los gestores culturales las condiciones flexibles y de fácil acceso para establecer situaciones en las cuales se dé voz a la diversidad, a la pluralidad, a la diferencia que caracteriza a los diversos grupos humanos, a la creatividad artística. Dicha pluralidad y diferencia tiene que ver tanto con los lenguajes expresivos como con los contenidos que transitan en la forma particular del lenguaje utilizado. Si a ello se agrega una intención clara y un diseño cuidadoso para profundizar en el saber de la experiencia de que se habla al inicio de este texto, estaríamos haciendo educación, estaríamos contribuyendo al desarrollo humano.

Dar voz a la diversidad cultural implica para los promotores y los gestores elaborar y traer a la superficie una intención, lo cual los mete de lleno en el terreno de la educación. La intención (educativa) sucede cuando nos proponemos lograr que suceda algo en las personas para las cuales destinamos nuestras acciones. La intención tiene que ver con la palabra “propuesta”. “Proponer” e “intentar” son claves tanto en educación como en cultura.

El promotor y el gestor cultural constituyen actores clave en los grupos humanos para reconocer y estimular las diversas formas de expresión entre sus integrantes y para ampliar la mirada hacia formas expresivas de otros grupos humanos. En este sentido se puede afirmar que se trata de un miembro activo en la dinámica cultural, pues contribuye con su intención y sus acciones a clarificar “quiénes vamos siendo” en el ahora, revalorando el pasado y apuntando hacia el futuro.

¹ Fernando Salmerón, *Diversidad cultural y tolerancia*, UNAM, México, p. 28.

Cultura y educación se entremezclan también en el necesario proceso de reducir la brecha entre las bellas artes y la natural y generalizada necesidad de expresión humana. No debería haber tanta separación entre la riqueza simbólica que ofrecen constantemente las obras consideradas artísticas, y la necesidad, podríamos decir general, de expresar a través de diferentes lenguajes el tratamiento de los diversos asuntos humanos que nos afectan.

¿Qué es lo que vincula estrechamente a los promotores y gestores culturales con la educación? En un primer intento por responder esta pregunta conviene decir que la frontera entre educación y cultura es virtual, artificial y borrosa. Si la frontera es borrosa, estamos reconociendo que las intersecciones son muchas; que educación y cultura nombran asuntos humanos muy semejantes, muy ligados. Una manera de abordar dicha relación es mediante la formulación de nuevas preguntas, tomando en cuenta quiénes somos los que las planteamos. En esta ocasión somos los promotores y los gestores culturales los que nos hemos propuesto indagar y reflexionar sobre la relación entre la educación y la cultura. De acuerdo con este reconocimiento se puede profundizar desde una pregunta inicial que atienda a nuestra comprensión de lo que hacemos y del para qué lo hacemos. La pregunta inicial que propongo explorar es la siguiente: ¿Cuándo es o puede ser educativa la acción del promotor y del gestor cultural?

Responder a esta pregunta es una oportunidad valiosa para valorar y reconocer los límites de nuestra tarea y de nuestros esfuerzos. Algunas consideraciones previas serían:

- Diseñamos y creamos situaciones para que determinadas personas tengan una experiencia significativa y se den cuenta de ello, es decir, que se apropien de su experiencia, asunto central a la cultura y a la educación.
- Ponemos en relación a diversos actores: artistas, ejecutantes, investigadores, escritores y públicos, en situaciones donde se exponen y dinamizan significados. Los modos de hacer esto son diversos, y los recursos expresivos y los formatos son muy ricos, ya que la creatividad es imprescindible.

Las experiencias en las que intervenimos activamente pueden tener varios enfoques. Cada uno se da.

- a) Cuando creamos ocasiones para que las personas expresen aquello que les es significativo aunque en ocasiones resulte diferente de lo que a otros les es significativo. Esto es un asunto delicado, porque se enfrentan creencias y convicciones diferentes.
- b) Cuando propiciamos el diálogo acerca de los asuntos humanos que nos dan sentido, como la muerte y la vida, como el futuro de la infancia, las relaciones entre el cuerpo y la mente, los avances del conocimiento científico y la traducción de dichos hallazgos en un discurso accesible para la población, entre otros temas.

- c) Cuando somos capaces de relacionar a personas con formaciones diferentes y logramos que se hablen y se escuchen unos a otros, desde un académico, un creador artístico, un funcionario público, un joven y un adulto, un ama de casa y un pintor, un anciano y un niño, un poeta y un obrero.
- d) Cuando somos capaces de formular y expresar intenciones claras para que el diálogo interminable que es la cultura continúe y ofrezca nuevas miradas a las personas.

Los cuatro enfoques generales pueden desglosarse en un segundo nivel de concretización acerca de cuándo es o puede ser educativa la acción del promotor y del gestor cultural.

- Cuando enmarca sus acciones en un plan más amplio para el desarrollo humano. Esto tiene que ver con las intersecciones entre las tareas de los diversos actores sociales (los artistas, los médicos, los científicos, los políticos, los filósofos, los profesores, los que hacen producir a la tierra...). Un caso notable es el de Rosa Banús, quien junto a otras personas ha contribuido a crear un sistema nacional de orquestas sinfónicas en Venezuela. Banús habla de su experiencia en el libro *El don de arder, mujeres que están cambiando el mundo*, y expresa que la música ha hecho posible que 200 mil niños pobres venezolanos hayan adquirido cultura y humanidad.
- Cuando es cuidadoso de los recursos de que dispone y busca aplicarlos en beneficio de su comunidad, y además sabe dar cuenta de su utilización. Existe una frase de uso común que dice que por definición el recurso es escaso, lo que ya todos sabemos. Cuidar los recursos significa ser creativo para conseguirlos y para aplicarlos.
- Cuando se esfuerza en tener una intención clara (educativa) en las decisiones que adopta. Siempre es refrescante y necesaria la pregunta acerca de si hay otras soluciones posibles para avanzar en el desarrollo humano y en la promoción de la dignidad. Esto implica cuestionar las decisiones que en un primer momento aparecen como evidentes y de costumbre.
- Cuando apoya la circulación social del trabajo de los creadores, los artistas, los ejecutantes y los investigadores. Es muy digno el trabajo de quienes facilitan la circulación de productos culturales, lo cual es una condición básica para estimular el proceso de significación y para permitir que las personas enriquezcan su horizonte simbólico.
- Cuando estimula y facilita la expresión simbólica de las personas de su comunidad. Ésta también es una tarea permanente, pues todos los seres humanos tienen la capacidad expresiva y los contenidos para ser mostrados, y crear situaciones es para ello muy gratificante. Incluye a todos, no sólo a los niños. (Para todos puede llegar a tener un gran significado la forma en que tú, persona, tú, artista,

te expresas, y haces que me apropie de algo que no estaba en un territorio claro para mí; tu forma de decirlo me aclara, le pone palabras, ordena, me conmueve, me confronta.)

- Cuando es consciente de que sus acciones pueden ayudar al entendimiento entre los que piensan de manera diferente.
- Cuando ofrece a su comunidad alternativas diversas para la solución de problemas (como programas de estímulo a la lectura, etcétera).
- Cuando tiene claro que su acción favorece el respeto y la tolerancia entre los miembros de una comunidad, o entre comunidades diversas. Por ejemplo: cuando el promotor o el gestor se propone cuidadosamente presentar a su público una obra plástica, literaria o teatral sabiendo que posiblemente un sector la rechazará y sentirá lastimadas sus convicciones.
- Cuando ayuda a apreciar las formas culturales emergentes y su posicionamiento en la complejidad de la vida social. Es deseable que el promotor y el gestor, además de contribuir a la circulación de dichas formas culturales emergentes, coloquen elementos intencionales, adicionales, que ayuden a los públicos a apreciar y a entender en su contexto manifestaciones culturales diferentes, e incluso adversas a sus creencias o convicciones, que brotan ante la dinámica cultural. Esto contribuye definitivamente a evitar la represión y el rechazo.
- Cuando interviene para ofrecer nuevos ángulos de interpretación de la vida social. Como complemento del punto anterior, se alude aquí a la acción cultural que facilita la ampliación de la mirada cultural. Una cita de Jesús Martín Barbero lo ilustra muy bien: “Cultura es menos el paisaje que vemos que la mirada con que lo vemos.”²
- Cuando contribuye al diálogo, es decir, a que las personas muestren y resuelvan sus diferencias sin acudir a la violencia que inmoviliza o aniquila al otro, ni la violencia que destruye la dignidad del otro. Es valioso que alguien se anime a decir lo que nos es propio, lo que nos descansa porque no lo sabíamos de esa manera pero lo intuíamos, lo que nos conmueve y lo que nos problematiza. Si además lo hace de manera creativa, mucho mejor.
- Cuando se esfuerza para reconocer que sus acciones culturales se enmarcan en el terreno real de la diferencia de maneras de ver el mundo, su problemática y las soluciones posibles o deseables.
- Cuando es consciente de que hay diferentes maneras de acceder al conocimiento. Esta enunciación es una provocación clara para los que se desempeñan en el sector cultural y establece un nexo muy poderoso entre educación y cultura.

Para cerrar esta exploración y siguiendo a Edgar Morin, comprendemos que es necesario navegar en un océano de incertidumbres a través de archipiélagos de certeza. En una navegación como la que describe Morin, cobra sentido su planteamiento de los siete saberes: reconocer las cegueras del conocimiento, disponernos al conocimiento per-

² Jesús Martín. Barbero, *Los ejercicios del ver, hegemonía audiovisual y ficción televisiva*, Gedisa, Barcelona, 1999, p. 15.

tinente, enseñar la condición humana, enseñar la identidad terrenal, enfrentar las incertidumbres, enseñar la comprensión y considerar (en serio) la ética del género humano.³

Cuando se articulan o acercan una a la otra, educación y cultura van más allá de la transmisión de conocimientos, de la enseñanza que aspira a obtener evidencias que permitan una aprobación o una certificación. En este caso lo importante es provocar o permitir una experiencia, un encuentro que asombre, que deleite, que interroge, que dé sentido y nos permita saber nuestra propia experiencia para continuar la vida y mejorar la convivencia humana. A ello nos debemos como promotores y gestores culturales.

³ Véase Edgar Morin, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, UNESCO, México, 2001.

Bibliografía

- Coelho, Teixeira, *Diccionario Crítico de Política Cultural*, ITESO / Conaculta / SC-JALISCO, Guadalajara, 2000.
- Martín-Barbero, Jesús, *Los ejercicios del ver, hegemonía audiovisual y ficción televisiva*, Gedisa, Barcelona, 1999.
- Morin, Edgar, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, UNESCO, México, 2001.
- Olmos, Héctor Ariel, *Educación en cultura. Ensayos para una acción integrada*, CICCUS, Buenos Aires, 2003.
- Salmerón, Fernando, *Diversidad cultural y tolerancia*, Paidós / UNAM, México, 1998.
- Sanchís, Imma, *El don de arder, mujeres que están cambiando el mundo*, RBA Libros, Barcelona, 2004.